

El Correo Literario.

PERIODICO POLITICO, LITERARIO I DE COSTUMBRES.

ILUSTRADO.

Numero 2.

Oficina central, plaza de la Compañía, junto a la imprenta.

Julio 24.

EL CORREO LITERARIO.

SANTIAGO, JULIO 24 DE 1861.

Instruccion profesional.

(COLABORACION.)

No se nos ocultan los obstáculos sin número que tiene que vencer toda idea nueva ántes de conseguir la aceptacion jeneral. Parece que una mano invisible se complaciere en sembrar pródigamente de escollos el camino que conduce a la realizacion de toda mejora, aun de aquellas de utilidad tan notoria, que por sí solas bastáran a la prosperidad de un pais. Hai cierta clase de jente que absolutamente puede imajinar otro porvenir que una continua i fiel repeticion del presente. Para ella toda idea nueva es una utopia irrealizable, un trastorno amenazador. Erradicar un abuso le parece tan criminal como entronizar la maldad. De aquí proviene el que repetidamente veamos relegadas a un injustificable olvido reformas que, maduras con cordura, nos habrían hecho dar pasos gigantescos en la via del progreso; de aquí el que sus autores se vean tratados como tantos soñadores o ilusos que respiran presuncion i se alimentan de quimeras. Aquella clase de jente forma la torpe cadena que mantiene todavía nuestras sociedades atadas al carro de un pasado que por todas partes se hace trizas: cadena de aberracion estúpida que impidiéndolas avanzar, hace que cada jornada, cada paso en el sendero del progreso sea una batalla encarnizada entre los elementos de un pasado orgulloso de su largo predominio, i las débiles avanzadas de un porvenir apenas diseñado. Conocemos sus fuerzas i no nos acobardan; léjos de eso, queremos más cumplir con el deber que nos imponen nuestras convicciones, que figurar en la escasa tropa de los *hombres serios*, como graciosamente los apellida M. Girardin.

Cuando se observa el maravilloso incremento que en pocos años ha cobrado entre nosotros la instruccion pública, se ve el número de los alumnos que frecuentan nuestros establecimientos, se admira la multitud de talleres diseminados por donde quiera con profusion en nuestros centros de poblacion; la imajinacion se sorprende i un movimiento de orgullo acelera

los latidos del corazon al considerar que la ilustracion, puesta al alcance del desvalido, amiga cariñosa del pobre a cuyas puertas llama dia a dia llevando su benéfico influjo, es augurio feliz para Chile de que, talvez en época no lejana, pueda decir con justicia a las demas naciones hispano-americanas: «He aquí mi obra: todos mis ciudadanos tienen vida política, porque todos ellos son capaces de comprender los derechos preciosos que se hallan vinculados a una buena administracion.» ¡Poder grandioso de la ilustracion!

Mas el desencanto, llegado en pos de la reflexión, no tarda en desvanecer tan brillante utopia, enjendro de la vanidad i de la fantasia. ¡Cuántos sacrificios, cuántos años de esperiencias no nos ha costado llegar al punto en que realmente nos vemos! i cuánta distancia nos separa aun del bello horizonte de nuestras aspiraciones! Por otra parte ¿cáso la felicidad toda de un pais consiste solo en que el pueblo sepa darse cuenta mas o ménos exacta de las cuestiones políticas que se ventilan en su seno; o en que cada individuo se halle en aptitud de resolver cuestiones abstractas de filosofia, matemáticas, física, astronomía u otras ciencias cualesquiera? No; la felicidad pública necesita algo mas: fuera de una forma de gobierno adecuado, exige servidores esclusivos en los diversos ramos a que por su propia mision debe el poder estender su mano bienhechora, servidores ilustrados, cuyas aspiraciones se concreten al buen desempeño de sus funciones en beneficio del pais, quien a su vez les asegure sosten para sí i porvenir para sus familias. Digase lo que se quiera; es condicion indispensable de toda buena administracion, la pericia e idoneidad esclusiva de los empleados. ¿Necesitamos insistir en esta verdad?

Veamos en la práctica de qué modo se consulta esta necesidad. ¿Reciben los empleados alguna educacion especial? se necesita alguna prueba de aptitud para aspirar a los destinos públicos? No, en ambos casos. Al proveerse las vacantes, ni se toman en cuenta los anteriores estudios del que aspira ni la calidad del destino que solicita. Bastará así muchas veces que el aspirante sepa escribir (i aun esto quién sabe) sin que requisito alguno se llene que compruebe sus aptitudes para el cargo. El simple *fiat* de un ministro, improvisará empleado a

quien jamás se soñó capaz de serlo. Este mal, sea dicho en honor nuestro, no nos pertenece tan esclusivamente, que no se pueda encontrar en otras partes. No tenemos noticia de nación alguna en que mas o ménos deje verificarse lo mismo. ¿Qué clase de empleados serán los que por tal medio se consigán? Se nos objetará talvez que en la práctica el interes mismo de los que mandan atenúa las consecuencias de este vicio, i al efecto se nos mostrará la larga plana de nuestros empleados. La cuestion dejenaría ya en personal; nuestras observaciones no se aventurarian en tal terreno. Preguntaremos sin embargo, a nuestros objetadores, cuál de dos empleados les ofrecería mas garantías de competencia: quién solo por casualidad se halle en posesion de un destino, o el que, aspirando a llegar a él, ha dedicado una parte de sus años a hacerse idóneo, abrigando desde temprano la seguridad de encontrar en él su porvenir? El que en el día no se palpen con amarga realidad los resultados de un sistema vicioso no quita sus inconvenientes. I ademas, la larga esperiencia del mundo ha probado la realizacion que pueden esperar las ideas mas brillantes, sujetas a la libre voluntad de los que mandan.

Si nuestro actual sistema adolece, pues, de semejantes defectos, defectos que pueden asumir proporciones colosales ¿porqué no buscar su pronto remedio? porqué han de quedar siempre amenazados los destinos públicos por advenedizos que, talvez por todo testimonio de idoneidad, presentan una carta de favorecedor influente, un recado de correligionario político o, no pocas veces, el prestijio solo de un apellido? El país tiene derecho para exigir mas garantías de competencia en sus servidores.

Creemos, que siquiera en parte, serremediarían tales defectos con la creacion de una carrera especial para los que se dedicaran al servicio práctico de la administracion. Por este medio, consultadas mejor las necesidades del país, proporcionaría éste un digno premio de comodidades a los que de antemano se habían consagrado a su servicio. Ni ¿a qué fin establecer distinciones odiosas entre los diversos servidores del país? No se estableció una Academia cuando necesitó militares? no están destinadas las escuelas navales a proporcionarle marinos? I en otro orden ¿no se creó un Seminario cuando la iglesia chilena demandó aptitudes para su sagrado ministerio? I qué motivo hai para no establecer (no decimos un establecimiento, por que aun no es necesario) una carrera para los empleados públicos, fijándole su plan de estudios i demas minuciosidades? Este ejemplo no sería el primero entre nosotros.

Se nos dirá quizás: ¿cómo fijar un plan de

estudios para tal carrera, cuando son de tantas clases i exigen aptitudes tan diversas las diferentes categorías de los empleados? No nos hace fuerza tal dificultad. Mientras no existió Escuela naval la Academia militar proveía de militares i de marinos i entre aquellos no solo de infantería sino tambien de caballería i artillería. I esto, a nuestro modo de ver, admite fácil esplicacion, puesto que los colejios no tienen por objeto proporcionar los conocimientos mas acabados en toda materia, sino solo suministrar los principios, formar la base sobre que se ha de levantar el edificio de la ilustracion de cada cual, dejando para la práctica sucesiva el cuidado de llevar a efecto lo que ellos dejaron en bosquejo.

Sucedé muchas veces que los alumnos que cursan leyes se procuran un empleo público para mientras dura el curso, concluido el cual, se separan de aquel; porquelo mas ordinario es que los que han seguido la carrera de las leyes tengan libre acceso a cualquiera clase de empleos, como si los códigos i derechos dieran aptitudes para todo destino. La adopcion de la medida que proponemos, ademas de garantizar la permanencia de los empleados i por consiguiente su mayor espedicion en los asuntos, puede tener otro resultado, bajo distinto aspecto, tan útil como los que dejamos apuntados. Se abren nuevos horizontes a las aspiraciones de la juventud i se cortan las alas a ese monopolio de intelijencias que hace entre nosotros la abogacia. Porque, volvemos a decirlo, en todas las repúblicas americanas la abogacia es la llave maestra para toda clase de empleos. El que ha seguido sus banderas es militar esperto, apto comerciante, agricultor intelijente, financista ilustrado; es un talento enciclopédico, mar de ciencias en donde concurren a perderse i confundirse todos los conocimientos posibles.

Es natural que el establecimiento de tal carrera deba prestar a los jóvenes que a ella se apliquen, suficientes garantías de que en ningun caso serán perdidos sus sacrificios, porque jamás se verán suplantados a las influencias i recomendaciones políticas o de familia, verdaderas plagas de nuestras sociedades que a pesar de su tan decantada igualdad de derechos, estiman en tanto un apellido *retumbante*, como en el coloniaje las condecoraciones i títulos de nobleza, salvó conducto para toda aspiracion por descabellada que fuese.

No nos toca por ahora fijar los ramos que abrazaría el plan de estudios ni los años que duraría el curso. Para nuestro objeto actual tales cuestiones son de importancia secundaria. Solo nos hemos propuesto manifestar la conveniencia i hasta necesidad de crear una carrera

profesional para los empleados públicos. Queremos satisfacer de nuestro trabajo, si merece que alguien lo examine i apruebe nuestro modo de pensar.

J. N. D. A.

Los Tribunales de justicia.

(CUADROS DE COSTUMBRES.)

II.

—Domingo ¿cómo estás, hombre?
 —Bueno, i ¿tú qué haces? andas en pleito?
 —Dios me libre de ellos; ando en busca de datos para un artículo acerca de lo que se vé en el patio de los tribunales de justicia, i como yo no conozco mucho estos lugares, no hallo como salir bien de mi apuro. Espero que tú, como mas conocedor i vaqueano en estos mundos, me suministres los medios necesarios para llevar a cabo mi empeño.
 —Pero ¿qué puedes escribir de nuevo cuando lo mismo sucede todos los dias i todos saben lo que sucede?
 —Te engañas; pues como yo hai muchos que no conocen lo que son i lo que hacen todos los que aquí vienen.
 —Puede ser; mas ya que tanto lo deseas voi a complacerte en lo que pueda, advirtiéndote que para mí no hai nada que merezca la pena.
 —No imprta, te constituyo mi cicerone. Mira; ¿quién es ese caballero que va subiendo los escalones tan ligero con papeles bajo el brazo?
 —Ese es procurador.
 —¿I por qué le llaman así?
 —Porque procura por todos los medios posibles abastecer el bolsillo de sus clientes para que estos le suministren amplias instrucciones; porque procura andar ligero para que digan que es diligente; porque procura....
 —Basta, basta. I ese jovencito que vá tras él tan de prisa?
 —Ese es escribiente de abogado.
 —Vamos a ver para que quiere a nuestro procurador. Esto hablaba con un amigo que, como habrá visto el lector, conocía a fondo a toda esa jente.
 Seguimos al escribiente, quien llamaba al procurador que subía a toda prisa.
 —¡Don Abundio! don Abundio!
 —Alcánceme, amigo, que voi de prisa.
 El jóven corrió con mas ligereza.
 Nosotros hicimos otro tanto, i no tardamos mucho en encontrarnos cerca de ellos.
 —Aquí manda el abogado este escrito, dijo el escribiente.
 —Veamos, le contestó Don Abundio calándose los anteojos: «Don Abundio etc. etc.» continuó leyendo por encima, «por doña Raimunda Calabran, ante US. digo: etc. etc. etc.» Por tanto a US. suplico etc. etc.; otrosí... etc. etc.» Está bien, amigo; ¿trae recibo?
 —Sí, señor, aquí está.
 —Ya me lo podia haber dado; vamos a ver:
 «Recibí de don Abundio Cabrilo..... etc. etc. dos pesos..... ¿cómo dos pesos? agregó viendo el escrito; ¿una hoja escrita vale dos pesos? está vd. loco?
 —No, señor, pero ponga Ud. en cuenta borrador, limpio i papel sellado....
 —Aun así, salen doce reales. Hágame otro recibo i búsqueme mas tarde, porque estoy de prisa.
 —Si está bueno el recibo, señor; géntónces no cuenta la otra página?
 —Es decir, contestó el procurador enojado, que quie-

re Ud. que le dé cincuenta centavos por dos líneas que ha escrito al otro lado?

—Como no pues, señor; son de lei.

—Dejémosnos de historias; yo hablaré al abogado i veremos.

—A los piés de Ud. señor, dijo el escribiente largándose.

—Ahora, dije a mi amigo, necesito que me espliques por qué el procurador pone tantas *etceteras* a lo que lee.

—Por hacerse que sabe de antemano lo que va escrito; porque entiendo tanto como si lo leyera todo, es decir, nada; i ademas por hacerse el que está muy de prisa.

—I eso de borrador que dijo el escribiente que se le debía ¿qués?

—Una cosa que no ha hecho, pues que el abogado, a quien conozco, tuvo la jenerosidad de hacer el borrador i encargó especialmente a su escribiente que no lo cobrara, en atencion a que la cliente era pobre, pero.... que tiene una hija muy buena moza, agregó acercándoseme al oído.

—Ahora lo comprendo todo, i ya que te he encontrado me prometo no dejarte ir hasta pasado algun rato mas. ¿Sabes que me ha gustado el tal procurador? Necesito saber algo mas acerca de lo que es; así te suplico que le sigamos la pista.

—Como gustas.

En efecto, seguimos al procurador, pero ¡Jesus! cómo le sitían.—Don Abundio! dice uno, ¿hai providencia?

—Como se pide, con citacion, responde el procurador andando.

—¿Qué hai de mi asunto? dice otro.

—Se ha recibido a prueba por veinte dias; apure a los testigos.

—Don Abundio! don Abundio!

—¡Alla voi!—¿Cómo va?—Bien—Sáqueme los autos de mi causa; ahí van cincuenta centavos.

—Gracias; luego irán.

—¡Don Abundio!

—Vuelvo luego; voi muy apurado.

I don Abundio por aquí, don Abundio por allá, se oye decir en todo el camino hasta que don Abundio logra introducirse en una oficina satisfecho de su estratagem. Ahí entran a buscarle; pero sale en el instante maniobrando siempre hasta que de puro cansado cae fatigado en una silla.

—Mucho se trabaja, don Abundio, le dice uno.

—Caramba! amigo, solo yo puedo resistir; diciendo esto se pasaba el pañuelo por su frente húmeda de sofocacion.

—Ahora quiero conducirte a otra parte, me dijo mi amigo. ¿Ves aquel hombre flaco, amarillento, de zapatillas de orillo, todo sucio? Pues bien, ese es escribano. Vamos a su oficina i bajo cualquier pretexto procurémosnos estar ahí algun tiempo.

Conté mi estratagem para observar al tinterillo, i pareciéndole bien nos resolvimos a hacer lo mismo allí. Llegamos a la puerta primero que el escribano. —Si no está aquí la escritura, me decía él.

—¿No te digo que está? pidamos los protocolos del año 56 i verás como la encontramos.

—Verémos.

Entramos i pedimos el libro, arrojando previamente una mirada a la clientela del escribano. Había en la oficina cinco personas; un hombre de poncho, una pobre con una niña al lado i dos amanuenses que por no tener que hacer se rascaban alternativamente la cabeza i la barba.

Entró el escribano sin saludar; pero calándose inmediatamente los anteojos dió una mirada a su alrededor, como un dueño de casa que encuentra jento extraño en sus habitaciones.

—¿Que decía, amigo? interrogó al huaso.

—Venía a ver si estaba concluida la escritura.
—Si señor, 25 pesos vale, contestó el curial sacando un legajo.

—(Veinte pesos no mas vale, me dijo mi amigo al oído; lo sé de seguro.)

Sacó el huaso una larga bolsa de cuero i de ella estrajo los veinte i cinco pesos en *pepetas de carita* que puso, no sin un suspiro, en manos del escribano.

—Cuando se le ofrezca, amigo; será despachado al punto.

—Gracias, señor, hasta otras vistas.

—Adios. ¿i a Ud. qué se le ofrecía? añadió, dirijiéndose a la pobre.

—Vengo a que me haga el *merrecimiento* de un poder-cito, señor.

—¿Un podercito! ¿eh? I la niña. . . . ¿es hija suya?

—No, señor, es sobrina.

La sobrina se ruborizó.

—Con qué sobrina, nó? I qué clase de poder quiere Ud.? dijo el escribano mirando ávidamente a la niña.

—Para que haga el apoderado lo que quiera.

—Ménos llevarse a la sobrina, se entiende. . . porque sinó, no hago el poder, replicó el escribano con una risita seca.

El color de la niña subía de punto.

—¡Las cosas suyas, señor don Próspero! ¡vean que otra! . . . Como le habia de dar a don Abundio mi sobrina Juliana que, ande señor, es una perla! me la guardo para mi vejez. ¡Es un ánjel, señor don Próspero!

La sobrina, mas roja aun, balbució algunas palabras.

—Seconoce a primera vista; i ¿cómo te llamas, hijita?.. Ah! . . . si; Julianita. . . . ¿I adónde viven?

—Calle del Cerro, cerca de la capilla de Pedro Valdivia.

—Bueno, bueno! Mañana tienen en su poder el mandato que concede Ud. señora, a don Abundio; iré yo mismo a dejárselo para evitar demora, porque le confieso, señora tía, añadió parándose, que me ha caído muy en gracia.

—¡Vaya, señor! que honor para unas pobres! cuando guste; la casa está a su disposicion, que, aunque pobre soi honrada, Manuela del Carmen Carreño me la amo, una criada de su *merced*.

—Bueno, hijitas, no tengan cuidado; iré sin falta a las ocho de la noche.

—Cuando Ud. guste; pero. . . ¿cuánto vale el poder?

—No hablemos de eso, respondió frotándose las manos, mañana verémos. Adios doña Manuela; adios Julianita! no te pongas tan colorada otra vez.

—Adios, dijeron ambas saliendo.

Ya era tiempo: si Juliana hubiera estado allí un minuto mas, de seguro hubiera tenido que sufrir un ataque de nervios: tanto era el pudor de tan castísima doncella al encontrarse por vez primera en el lugar llamado *Tribunales de Justicia*. Al ménos así me parecía.

—Párceme, dije a mi amigo, que por ahora hemos visto bastante i como tengo qué hacer, pienso retirarme.

—Aguárdite un momento; te voi a hacer unas preguntas relativas a lo que has visto. ¿Qué te parece que ha venido a hacer esa mujer con esa niña buena moza?

—A que le hagan un poder, no hai duda.

—Veo que no aciertas lo principal. Esa niña no me es desconocida. Verdaderamente es sobrina de esa mujer; dicha mujer tiene tres hijas pero feas. De seguro que ha pedido prestada a su hermana la hija de ella, porquese es buena moza. ¡Qué quieres! sabe por esperiencia que cuando se lleva una compañera semejante, se la despacha con prontitud. Parece que ha

surtido buen efecto ¿verdad? Asi es costumbre i verás que pocas mujeres vienen solas, siempre con niñas, las que nunca son feas.

—Niña conozco yó que viene aquí con diferentes personas.

—Ahora lo comprendo todo.

—Me alegro. Ahora me vas a contestar una pregunta muy sencilla; ¿sabes dónde estamos?

—No veo que pueda haber duda; en los *Tribunales de Justicia*, contesté.

—¿De Justicia?... replicó mi amigo animándose; ¡hace mucho tiempo que no mora en este recinto tan excelsa virtud. Este es el lugar del engaño; aquí se arrastra solapado el crimen; la virtud, la pobreza son humilladas. El oro eso es lo que reina i es el único móvil de tantos seres degradados que aquí existen. Sí, amigo; créemelo, hombres hai aquí que perjuran por un peso. . . . cuando el asunto es de interes.

—Como ha de ser eso, hombre!

—Verdad es que no debía ser así; pero ello es que sucede, continuó mas calmado. Quisiera llevarte ahora a ciertos lugares ménos públicos que existen en este recinto; pero es imposible por ahora. Bástete conocer los siguientes versos que he leído no sé donde:

¡Callen! dijo un majistrado

En la puerta del juzgado:

¡Silencio! estoi aburrido. . . !

Diez causas he sentenciado

Sin haberlas entendido.

Como tengo que hacer, agregó mi amigo, voi a dejarte prometiéndote ayuda para otra ocasion ¿Estás contento?

—No puedo ménos que estarlo; puesto que sin tus advertencias i sin las noticias que me has dado no hubiera comprendido muchas cosas que he visto i oido. Te doi por ello infinitas gracias, amigo mio.

—Adios, amigo, anda, escribe lo que has visto, que yo me consideraré feliz si en algo he contribuido a tu buen éxito.

Mi amigo se fué i yo, siguiendo su consejo, me salí del patio i púseme a escribir el presente bosquejo que en tí lector consiste que no sea el último de tu S. S.

J. SANTA-CRUZ.

CARTA SEGUNDA

de una niña a una amiga suya.

MI QUERIDA M.

Te escribo mi segunda carta i la remito por el mismo conducto, el *Correo Literario*, periódico injenioso i locuacdo segun algunos i segun otros pesado e impertuno. Hai diversidad de opiniones como las hai de gustos, lo que no me obliga a mí, que soi suscritora i entusiasta lectora de ese periódico, a tener la opinion de los últimos.

Ya puedes figurarte, querida amiga mia, la multitud de chismes que han volado por esos mundos sociales, a consecuencia de la publicacion de mi carta. En esta buena sociedad de Santiago, tan tolerante para con los hombres i en la cual puedes tú recorrer toda la escala de los tontos, desde el tonto casero hasta el tonto ministro, en esta buena sociedad de Santiago lo único que no se tolera i lo que se critica amargamente es que una mujer tenga talento i que demuestre ese talento en alguna obra de intelijencia. Nosotras las mujeres podemos tocar el piano, cantar, bordar, tejer, charlar de modas i de trajes i tambien, si es preciso, armar un pastel de hoja o zazonar una cazuela; pero nos está vedado escribir, nos está vedado expresar nuestros pensamientos, estudiar nuestro

propio corazón i dar espacio a nuestras facultades i aspiraciones. I será acaso esa prohibición el resultado de nuestra impotencia o de la ignorancia de nuestros jueces? Somos inferiores a los hombres, como ellos neciamente lo aseguran, puesto que ellos son los que nos juzgan, o son los hombres los que no han podido hasta ahora comprender la delicadeza de nuestra organización, la superioridad de nuestra inteligencia i la elevación moral de nuestro espíritu en todo cuanto toca a lo que es bello, en todo cuanto se refiere a la vida del alma? Mal que les pese a los hombres, yo me inclino a creer que esto último es lo que sucede i que ellos i no nosotras se han equivocado al juzgarnos, negándonos las facultades que poseemos tan bien como ellos i a veces mejor que ellos. Así como aprendemos a coser i a bordar, así también podemos aprender a pensar i a escribir nuestros pensamientos.

He querido hacerte estas ligeras observaciones para explicarte algunas otras mas, a medida que avancemos en los estudios si tales que yo emprendo i que serán el asunto de mis futuras cartas. Te lo confieso injenuamente, las críticas injustas me han estimulado i lo que al principio era una humorada i nada mas que humorada, se ha convertido ahora en un propósito tenaz e invariable. Las mujeres necesitan una pluma i yo voy a defender con la mía a nuestro sexo que, con sus defectos i todo, debe ocupar un lugar mas elevado que el hombre en nuestra sociedad. Qué sería de esta sin la familia que es su centro i qué sería de la familia sin la madre, que es su corazón i su ternura?

Yo sé muy bien que voy a tener por enemigos a muchos necios, yo sé muy bien que me criticarán los tontos; pero necios i tontos son como las piedras redondas que arrastra el río i que ignoran a donde van. Tú sabes que yo frecuento las tertulias, que tengo amigas i amigos i que ya con los años que cuento (número que creo escusado decirlo porque ambas nacimos el mismo día) no corro el peligro de dejarme llevar ni por engañosas ilusiones ni por mentidas esperanzas. Estos son los brotes prematuros del árbol de la juventud, en esa época de la vida en que todas nosotras creemos ver la luz del sol cuando amanece el crepúsculo i cuando apenas se coloran las nubes con sus lejanos rayos. Ahora que veo de mas cerca las cosas no es extraño que encuentre en ellas lo que antes no veía o lo que pasaba por mis ojos rápidamente. Tú vas a creer que semejante cambio en mi manera de ver las cosas trae su origen de causas misteriosas o quizás del íntimo descontento de mi alma. Nada de eso, querida mía. Ni estoy descontenta de mí misma ni hai ningún misterio en lo que te digo. Voy a explicártelo todo.

En mi carta anterior te hablaba de la verdadera furia con que las mujeres se apoderan de las modas de Europa, de qué modo las exajeran, con que refinado mal gusto transforman su cabeza, transforman su rostro i transforman su cuerpo. Pues bien, lo que las mujeres hacen con las modas, los hombres están haciéndolo con nuestras costumbres sociales, con la cortesía, con los buenos modales i hasta con el lenguaje que usan. Hai en todos ellos una verdadera furia también de exajerarlo todo hasta el ridículo i de convertirlo todo en una *chacota* convencional de sentimientos i de burlas.

Hoi, los mozos sin pelo de barba, son los que dan el tono social, i qué tono amiga mía: el mas desapacible i desafinado que se puede imaginar! No hablan de nada serio, no se desprende de sus labios ninguna palabra, ninguna semilla inteligente que indique siquiera que tienen una alma. Si se sientan al lado de una niña, no creas que tratan de dirigir su atención a lo que es bello, no creas que en sus conversaciones hai ese cambio de sentimientos que encanta i estrecha las simpatías, no; hablan bajito pero hablan de los chismes del día de ayer,

de los chismes del día de mañana i cuando mas, cuando mas.... de la ópera que está en voga, del matrimonio que está en ciernes. I estos mozos sin pelo de barba, si se les pregunta algo sobre la mujer, responden que todas son coquetas, variables, i que el amor, ese paraíso que cada una de nosotras lleva incógnito en su corazón i en el cual vive siempre una imagen bienaventurada, un Adán soñado, es un sentimiento vulgar como cualquiera otro sentimiento, o cuando mas, cuando mas.... una distracción de las noches de invierno, como la lotería o el *solitario* entre dos. Qué esterilidad, qué vida, amiga mía!

I así quieres que yo esté contenta i quieres tú que piense en casarme. La vida del campo cuadra bien con tu carácter reflexivo i tranquilo. Tú podrás vivir en medio de la naturaleza, recreándote en el rumor de las hojas, en el canto de las aves, en el suspiro de las auras, como esos seres fantásticos de la antigua mitología griega, sin mas techo, sin mas riqueza i sin mas morada que el tronco de un árbol. Tú prendes en tus cabellos las flores de los valles, esas flores que crecen por sí solas, desconocidas, sin nombre, que son tan bellas i de un perfume tan delicado i exquisito; si quieres diamantes i joyas, no vas a buscarlas en la joyería o en el taller del lapidario; abres los ojos, tienes las miradas en derredor tuyo i encuentras las gotas del rocío cristalizadas en perlas i los rayos del sol enredados en tu cabellera i deslumbrando con sus luminosas facetas, que no imitará nunca el arte mas prolijo. Para tí en fin esa soledad de los campos tiene un lenguaje variado, tiene una música celeste con un número infinito de notas que ningún músico copia i estás allí con los ojos i los oídos fascinados, oyendo siempre i viendo a todas horas un himno de felicidad i un mundo de delicias i de perpétua hermosura.

Pero yo, amiga mía, yo he nacido con otro carácter, con un destino diverso. Yo he nacido para vivir en otro mundo, ménos tranquilo si se quiere, pero tan bello como el tuyo. Por qué no he de decirlo? Todo lo que es arte me encanta, todo lo que deslumbra la imaginación me hechiza i me atrae, todo lo que puede dar alas a mi imaginación, todo lo que puede empujarla, aunque sea el viento de la tempestad, me fascina i quiero poseerlo. Yo quiero ver la vida por un espejo encantado, quiero que mis sentimientos se reflejen en él con todo el relieve artístico que yo mismo les do i por eso me creen algunos coqueta, algunos que han sido incapaces de relejar esa imagen, ni siquiera de un modo opaco para poderme engañar. A tí te encanta el rumor de las hojas, el canto de las aves, la armonía de las auras; pero yo cuando los oigo, yo quiero ser ese rumor, yo quiero ser una ave, yo quiero ser una aura, para cantar como ellos, para vagar como ellos, para volar como ellos i para buscar en los espacios desconocidos la otra voz que responda, la otra voz que cante el *duo* misterioso, que se escapa en notas entrecortadas i extravagantes de mi alma solitaria. Me gustan las perlas, me gustan los diamantes, porque yo quiero poseer todo lo que es bello i poseerlo para contemplarlo como mio. La coquetería no es mas que ese anhelo inquieto, no es mas que la translación continua de una alma que busca, de una alma que tiene las alas del ave i que vuela sin cesar. Si los hombres comprendieran mejor a la mujer, comprenderían también que la coquetería es el amor, pero el amor alado, el amor infinito en el corazón de una mujer. Mas de uno habrá que se sonría al leer estas líneas. Pobres hombres! Gastan años i años en aprender lo que ellos llaman filosofía, ciencias exactas, mecánica i que se yo cuántas otras cosas, i están tan ignorantes, como nuestro padre Adán, de aquello que deberían estudiar i aprender con mas ahínco.

Saben discutir sobre las eualidades del espíritu i de

la materia; disertan sobre todo, construyen puentes entre dos hemisferios, unen cimas i valles con alambres telegráficos; ya no hai distancias, ya no hai tiempo; i sin embargo, ninguno de ellos ha pensado todavía en unir estos dos hemisferios, el hombre i la mujer, ninguno de ellos ha podido descubrir todavía el alambre telegráfico que anule las distancias que los separan, ninguno de ellos ha podido construir todavía el puente inmortal que comunique sns sentimientos. Pobres hombres! I se pavonean tanto con sus progresos!

Ya ves cómo pienso i ya ves si soi justa al establecer la diferencia entre nuestras dos organizaciones i entre nuestros dos caracteres. I pensando así, i estando así organizada, crees tú que pueda yo vivir contenta i satisfecha en esta buena sociedad de Santiago? Si me entregara a la *devocion*, algo quizás conseguiría; porque el misticismo como tantas veces te lo he dicho, es el último refugio de las almas como la mia, como la casa de Orates es la última morada de los locos. Pero, amiga mia, el misticismo de ahora no es como el de santa Tereza, poesia ideal, martirio del cielo; el misticismo de ahora es como la supersticion del clérigo Ugarte, parodia grosera, i necia preocupacion de idolatría. Otros tiempos, otras tendencias.

Mi carta se ha estendido demasiado i mui a pesar mio dejo la pluma para despedirme de ti. Podría escribirte algunas noticias, pero carecen de importancia i te llegarían ya a destiempo. Hai matrimonios hechos i matrimonios por hacer, cosa que poco te importará. Hai tambien filarmónicas que se preparan i esto, que te importará mas sin duda, te hará pensar tambien en que nuestra sociedad empieza a sacudir su apatia i que por consiguiente, con la filarmónica, tendremos en pocos dias mas, dramas, novelas, comedias, chismes, tonteras, frivolidades, mazorcas de baile i cencerradas de amor. Hasta otra vez, te abraza tu

E.

P. D.—Ten mas cuidado con nuestra correspondencia, porque he visto publicada una contestacion a mi primera carta i seguramente han usurpado tu nombre. Yo sé que tú no puedes contestarme por tus quehaceres.

POESIAS.

LA MUJER ADULTERA.

(IMITACION DE ALFREDO DE VIGNY.)

Señor Don Domingo Arteaga Alemarte.

A tí, mi querido amigo, que creíste encontrar en estos versos el espíritu poético del original que imitan, te pertenezcan de derecho. Recíbelos de tu amigo verdadero

H. I.

El ojo del adúltero está acechando en la obscuridad, diciendo: no me ven; ojo: i cubrirá su rostro; si de repente aparece la aurora tendrária por sombra de muerte.

Job. c. XXIV. v. 13, 17.

I.

•Con mirra i con alóes
•Perfumé cuidadosa el lecho mio;
•El nardo i cinamomo
•Mis alfombras zahumaron del Egipto;
•Galana entre oro i piedras
•Luzca mi frente ante tu vista el brillo,
•¡Oh, ven pues a embriagarme,
•Caro mio, de amor en los deliquios,
•¡I hasta que dé la hora

•En que el día nos llame al sacrificio.

•¡Hoi que el esposo se halla

•Léjos de la ciudad i su recinto,

•Ven, en nocturna vela

•A ser felice, como yo contigo. »

—De una azotea arriba

Así se oyó sonar, i entre el sombrío

Ramaje de naranjos,

La voz de una mujer que abre un postigo

I a su amante dá entrada,

I lo cierra tras ámbos de improviso,

La secreta poniendo,

Que la puerta guardaba, en el pestillo.

I luego estas palabras

Del amante i la bella enardecidos,

En la estancia se oyeron,

Vibrando el artesón de cedro rico:

•¡Al fin vengo a abrasarme

•En los rayos del sol de ojos tan lindos!

•¿Por ventura es mas bello

•Que tu frente, en el valle el fresco lirio?

•¡Mas que el de tus labios,

•De la rosa el perfume es exquisito?

•Como blando tu acento,

•Son súaves, oh hermosa, tus cariños....

•¡Ah, pronto, desanuda

•Tu importuno collar, tus atavíos! »

—•No; deja que mi mano

•Pueda enjugar lo que el ambiente quiso

•Llorar en tus cabellos

•De su celoso i húmedo rocío.

•Por culpa mia solo

•La noche heló tu frente, oh mi querido. »

—•Pero mi pecho en llamas

•Solo alienta de amor al albedrio;

•¡Mi bella entre las bellas,

•Cuando estoy junto a tí, me regocijo!

•¿Qué importa de las noches

•Esponerme por tí a cojer el frio;

•Si el fruto de la palma

•Del amor no se coje sin peligros,

•Si ese fruto lo tengo,

•Si ya lo vá a gustar el labio mio! »

—•Si... mas ¿qué pasos oigo?...

•¡A estas horas, así ¿quién dá ese grito? »

—•Es que a oracion convoca

•Un hijo de Aaron al pueblo pio... »

•¿Por qué te empalideces?

•¡Deja, deja una vez que al fuego vivo

•Del ardoroso beso,

•Nuestros amores sean consumidos;

•De él solo se pagan;

•Ahuyente tu temor i tu desvio,

•I a toda negativa

•Selle por siempre el labio purpurino! »

I no se oyó ya nada;

I la nocturna lámpara, su tibio

Resplandor consumiendo,

Por sí sola a la fin perdió su brillo. »

II.

Era la hora en que el sol por el oriente
Sus rayos enviaba a la campaña,
A los verdes olivos lustre dando
En la Santa Montaña;
Era la hora apacible en que atraviesa
El camello el desierto,
Sobre el jiboso lomo soportando
La carga tributaria,
De polvo todo i de sudor cubierto;
Era la hora en que el pastor que ha visto
La última estrella en el azul perderse,
A la puerta se pára do su tienda,
La blanca tela que la cierra alzando,
A los suyos llamando
A entonar el cantar que ha de ofrecerse
Al padre de la luz que un nuevo día,
Con nuevo sol, al universo envía,
I el satisfecho seductor, su crimen
Al secreto entregando,

Del placer ya enojoso se desvía,
El placer i la víctima olvidando.

Ella se queda sola allí i se sienta,
I en su pálida frente se trasunta
El rubor que acrecienta
Del fiero torcedor la aguda punta;
Fijar quisiera aquella noche triste
Que su cómplice ha sido,
I que una sola fuera
Con su mal, i esa aurora
La última también i la primera.
Su falta i el lugar contempla ahora,
Se asombra de sí misma i de Dios duda;
Inmóvil, yerta, muda,
Las manos junta, entrámbos ojos clava
En la secreta puerta,
I a no ser por el llanto
Que señal de la vida en ella daba,
Ser dijérase allí que estaba muerta.

Tal vió Sodoma a la mujer incauta
A quien Dios castigó cuando, soltando
A su cólera el freno,
I a dos pueblos malditos abrasando,
Sus palacios sumerje
De un pestífero lago en hondo seno.
Desoye la infelice
El celeste mandato;
Tal vez quiere mirar por vez postrera
El sitio donde vió la luz primera
I en donde fué felice,
O, la ambición su espíritu alentando,
Curisca intenta levantar el velo
Del secreto de muerte;
Pero sus piés se enclavan en el suelo,
En estatua de sal se la convierte;
I el justo que a Segor se encaminaba,
Pensaba que sentía
Los pasos que tras él ya nadie daba.

No se vé de otra suerte
La frente helada de la infiel judía.
Mas ¿quién es ese niño
Que a su lado aparece?
Porque mira llorar, él también llora,
Con tímido ademán el beso implora
Que todas las mañanas se le ofrece;
I con incierta planta,
Receloso a su madre se adelanta;
I de su madre al fin, sereno un tanto,
Las mejillas besó que inunda el llanto.
¿Cuán dulces son sus besos!
Devolverlos intenta;
Mas su esposo la espanta
I a sus ojos en su hijo se presenta.
Delante de ese lecho,
Esas paredes i ese sacro techo,
De su secreto conyugal testigo
I su amor criminal, se aterroriza;
El maternal amor la ruboriza,
I en esa alcoba austera
Donde su hijo a besarla la provoca,
Ella manchar creyera
Los puros labios con su impura boca.
Quiso hablar, i su voz formó sonidos
Que murieron apenas articulados;
Acentos sofocados
Se escucharon también e indefinidos,
I del fondo del alma adolorida
Pareció que arrancaba, a pesar suyo,
El último suspiro de la vida.
Aparta al hijo de su lado entónces,
Que tanto al corazón en sobresalto
La vergüenza ha tomado por asalto;
Abrir quiere la puerta,
I al rechinar los goneses
En el umbral se tumba;
No de otro modo, el pedestal faltando,
La estatua alabastrina se derrumba.

III.

En ese mismo día,
En la ciudad su entrada hizo un viajero
Que volvía de Tiro,
Testimonio de que era hombre opulento
Sus caballos lo daban,
Su comitiva toda i sus arreos.
El onagro listado
I el indolente i sufridor camello
Que al conductor se esquila,
Tras el guía marchaban delantero,
A lomo sustentando
De la carga precitada el grave peso;
I doce servidores
Que a su señor también iban siguiendo,
Las ricas sederías
Llevando en hombros i encorvando el cuerpo,
I se decía el amo:
No hai dudar que mi Sefóra en acecho,
Al horizonte pide
El polvo que apetece su deseo;
I tal vez llora i clama:
¡«Ah, que aun está de la ciudad mui léjos
El sol se ha levantado,
«I el camino de Tiro está desierto.»!
Sorprenderse la miro,
Cuando ansiosa sálgame al encuentro;
I le diré yo entónces:
«Regocijate, oh bella, todos esos
«A fombrosados, ese ámbar,
«Esa seda, esa púrpura, mi afecto
«Te hace obsequio de todo;
«I aquí les traigo, de bruñido acero,
«A tus ojos divinos,
«El que tú ambicionabas, claro espejo.»
I en las tortuosas calles
De la Santa Sion, así diciendo,
De una en otra pasando,
Se le perdió de vista en un momento.

IV.

I era día de fiesta, i en el templo
El pueblo rumoroso se agolpaba.
Los niños, los ancianos, las mujeres
Que, en contrición i en llanto sumerjidas,
Buscaban decididas
Remedio para el mal que las labraba,
El ciego que gritaba,
I el torpe cojo que correr quería,
I el asco de la tierra,
El impuro leproso,
Cada uno refería
De su cura el milagro portentoso,
A los piés del Señor de tierra i cielo
La turba prosternándose en el suelo.
El que ha nacido entre el dolor i penas,
Rei de la pobre jente,
Milagros prodigaba,
Derramando el consuelo a manos llenas:
De sus labios manaba
De oráculos eternos una fuente:
La carga de la vida compartía
Con todo el que sufría;
Igualábase al pobre en la pobreza,
Saliéndose al encuentro su grandeza.
I algunos hombres rudos,
De humilde nacimiento,
Pero en su escuela divina formados,
Pero llenos del mismo sentimiento,
Lo seguían callados,
Contemplando la luz que despedía
La célica aureola
Que su testa sagrada circueja.

De súbito aparece
Arrebatada entre tropel furioso,
Por el pelo cojida,
Manchada una mujer de sangre i lodo,
Al cielo levantaba

Sus azorados i brillantes ojos,
 Los brazos no, que atados
 Los tenia a la espalda por los codos.
 Ante el Hijo del Hombre
 Es conducida; los escribas torvos,
 Imaginando insultos,
 I engolfados en mares de sus odios.
 Reunidos se adelantan,
 La presentan, i uno habla de este modo:
 —«Decidnos! oh maestro!
 ¿Qué pensais, vos, de ese pecado odioso?
 •Sorprenendida i culpable
 •Esta adúltera ha sido entre nosotros,
 •De Moises en las leyes
 «¿Qué hallais contra ella? I la afrontaban todos;
 I la infiel desposada
 Su espantado mirar jiraba en torno,
 Como buscando a alguno
 Que en trance tal sirviera de apoyo.
 I con piedras en mano,
 Ensañando a las turbas el encono,
 Su fiesta de ella hacian,
 I estos gritos se daban unos i otros:
 •¡Ah, que apedreada sea
 •La adúltera mujer: ya el alevoso
 «Seductor está muerto.
 I lloró la infeliz. Pero de pronto:
 —«La primer piedra tire
 •Quien se halle sin pecado entre vosotros»
 Dijo Jesus; i a un lado
 A colocarse fué, volviendo el rostro.
 El inconstante pueblo
 Comenzó a serenarse poco a poco;
 I al fin apaciguado,
 Dejó de ser, como era, numeroso;
 Al tiempo que el Maestro,
 Inclinandose a tierra, hizo en el polvo,
 En idioma ignorado,
 Carácterés que un dedo misterioso,
 En la mansion celeste
 Retrazó de los Angeles Custodios...
 Jesus, al levantarse,
 Miraba a su alrededor, i estaba solo.

1864.

HERMÓJENES DE IRISARRI.

PASEO.

(IMITACION.)

A . . .

«Voici les lieux chers à ma rêverie
 Voici les près dont j'ai chanté les fleurs . . .»

A. TASTU—*La lyre égarée*

El suelto velo cñete, María,
 El de elegantes púdicos colores,
 Donde tu aguja tan galanas flores
 Supo un día prolíja hacer lucir.
 Cúbrete el chal de rica cachemira,
 Que otro tiempo talvez guardó tujoso
 De una sultana el seno tembloroso,
 O el agudo puñal de algun emir.

I ven conmigo a humedecer tus labios
 En la linfa arjentada de la fuente,
 I a aspirar de los campos el ambiente
 Perfumado de lirio i azahar.
 ¡Oh! cuánto es bello, al resplandor rojizo
 Del sol que muere, contemplar la tarde!
 Calla la tierra, i el ocaso arde
 Como de sangre un encendido mar.

¡Vé!—Del fogon de la cabaña humilde
 El humo sube en espiral, . . . i sube,

I forma luego caprichosa nube
 Que a disiparse en el espacio va.
 Tal de la vida las miserias pasan,
 I nuestros sueños ¡ah! se desvanecen,
 Como esa nube que los vientos mecen,
 Como ese rayo que se estingue ya!

¿Qué son la fama, la ambicion, la gloria?
 ¿Qué es el amor que nuestro pecho halaga?
 ¡Humo no mas que por los aires vaga
 I alumbrá i oera al sepultarse el sol!
 Juguetes ¡ah! de locas ilusiones,
 Unos tras otros los mortales vamos
 Errantes por el mundo, — i si brillamos,
 Es como brilla ese último arrebol.

¡Oh ven conmigo!—Entre mi brazo enr
 El torneado tuyo, amiga mia,
 I bajo el velo de la noche umbría
 Llevemos nuestros pasos al jardín.
 Allí, solos los dos, vea yo unirse
 Al claro azul del cielo tu mirada,
 I a tu alma pura mi alma enamorada,
 I tu aliento al aliento del jazmin!

Talvez tú no comprendes por qué gozo,
 Si libre del afan que me importuna,
 Logro al dulce reflejo de la luna
 Contigo el campo recorrer, mi amor;
 Es que sé que por mí late tu pecho,
 Que al tuyo se ha enlazado mi destino,
 I que abumbrando siempre mi camino,
 Conmigo has de partir dicha i dolor!

Para tanto alcanzar, desde la infancia—
 Tú lo sabes, María,—he suspirado,
 Sufriendo silencio i resignado
 De la fortuna el pérfido vaiven.
 ¡Hoi se cumplen mis sueños! No ya a mi alma
 Oprimirá la noche tenebrosa,
 Que para mí tu sombra bondadosa
 Puela el desierto, i la ciudad tambien!

Brilla una estrella, i otra va asomando,
 I otra tras ésta en la azulada altura,
 Cual convidado que gozar procura
 I se anticipa a la hora del festin.
 Mira cuántas la siguen! . . . Mira, mira
 Aquella luz que súbito aparece,
 I un breve instante en el zenit se mece,
 I se pierde veloz en el confin!

Es un meteóro—¡ cuántos en la vida
 Que los hombres cual jénos aclamaron.
 I a magníficos solios elevaron,
 Sepultarse como él he visto yo!
 El vulgo, que sus glorias ensalzaba,
 Hoi por su idolo rolo no suspira:
 Al toscó labrador que el sulco mira,
 Qué le importa la estrella que cayó!

Ah! . . . tú no eres así!—Tú, cuyo rostro
 Mas de una vez en llanto se ha bañado,
 Honrando en su miseria al desdichado
 I alma esperanza haciéndolo encontrar!
 Tú, que ruegas por víctima i verdugo
 I endulzas la existencia del poeta:
 Tú, que comprendes su afliccion secreta
 I alivias su angustioso padecer!

En silencio talvez, mas nunca muda,
 Yo te he visto jimir sobre la losa
 Bajo la cual sin despertar reposa

El que héroe i grande un día se llamó.
¿Dónde están hoy su cetro i sus alcázaros?
¿Qué se hizo su diadema brilladora?
¡Ah! todo vano fué... ¡Sonó la hora,
I el polvo con el polvo se juntó!

Mira!—¿no ves entre la densa bruma
Alzarse, por el tiempo ennegrecido,
De aquel castillo el torreón derruido
Que hoy cubre el césped i la tierna vid?
Fué allí mismo quizá donde otros años,
I del clarín al vocer guerrero,
Lucia su troton el caballero,
U oraba por su dama el adalid.

Mas, ya cesó el bullicio del banquete
I los fervidos hurras del torneo,
E infesta el moho el bronceado arreo,
En la orgullosa casa señorial.
I no se ven cruzando los salones,
Al compas voluptuoso de la danza,
Cien parejas, radiantes de esperanza
I ataviadas de espléndido cendal.

¡Ah!—I al traves de los cristales rotos,
Ni luz ni sombra se divisa alguna,
Si no es el ténue rayo de la luna
Que a todo presta un tinte de dolor.
Ni se escucha otra voz que la del aura
Que se resbala tibia por la frente,
I riza en ondas la dormida fuente
I besa humilde el cáliz de la flor!...

Yo te he enseñado a amar esas columnas,
Esos pardos, añosos chapiteles,
Do en otro tiempo damas i donceles
Eterna fé veníanse a jurar.
Al contemplarlos el poeta un día
Bajo sus techos, se adormió, desiertos,
I sintió por sus labios entreciebros
El casto beso de una hurf vagar.

Pero vámonos val... La noche cierra,
I retumbra en el lago la barquilla
Que debe conducirnos a la orilla
Donde llegando te diré mi adios....
Ah! si siempre tan pura i tan serena,
Como esas olas que la barca mecen,
I acariar la límpidas parecen,
Corriera la existencia de los dos!...

Cada momento que se huye es, niña,
Un paso mas que hácia el sepulcro damos,
I del destino a la merced flotamos
Cual débil quilla en medio de la mar.
Cadáveres, al fin, sin voz ni aliento,
La borrasca a otras playas nos arroja,
I somos cual la flor que hoja por hoja
Se ha visto por el cierzo arrebatar!

1864.

EMILIO BELLO.

ARABESCOS.

Los partidos o bandos políticos que no tienen por divisa un principio incontestable, una verdad inconcusa, están sujetos a la constante lei de la transformacion, i es esta mas o ménos sensible, segun la mayor o menor estabilidad

de las bases en que aquellos se apoyan. Pero los hombres no solo cambian porque se ven arrastrados por los acontecimientos, o porque nuevas ideas vienen a ocupar el vacio que antes llenaba el error, sino tambien por intereses i ambiciones personales. En Chile, en donde no han existido jamas partidos que puedan llamarse contrarios por los principios que representan, existen fracciones que, por espacio de muchos años, se han mantenido en guerra abierta, mas por rivalidades de personas que por antagonismo de convicciones; i aqui, como en pocas partes, se ve cuan frecuentes son tales transformaciones. Todos los partidos quieren lo mismo: la libertad, el órden i el engrandecimiento progresivo; todos desean ver establecidas la república i la democracia; pero para arribar a tan hermoso resultado, hai distintas vias, i de aquí nace la division. Conocido es el orijen i las tendencias de las fracciones que se titulan nacional, conservadora, liberal i radical, i púedese notar que su choque continuo ha producido frecuentes cambios de ideas en el personal de sus afiliados. Las pasiones, el interes i las ambiciones son móviles suficientes para arrastrar a muchos de un extremo a otro de este laberinto, i hacerlos representar distintos papeles i vestir diversos trajes hasta llegar al poder. Cuando han llegado a esta cima puede juzgárseles; ántes de este momento seria incierto el juicio que pudiera formarse, tanto de un bando como de un individuo.

La esperiencia nos enseña que el poder está rodeado de cierta atmósfera corrosiva que todo lo vicia, i que marchita la esperanza fundada en un hombre en el instante mismo en que creiamos poder verla madurar. En esta desconfianza nos queda el refujio de creer solo a los que tienen una reconocida probidad, una conviccion profunda, i nos ofrecen así sólidas garantías de seguir el camino que en un principio se han trazado. Nada mas perjudicial para un hombre público que el haber manifestado en su carrera poca firmeza en sus ideas i poca fé en el porvenir. La falta de arraigadas convicciones, el escepticismo en las creencias, bastan para privarlo de su enerjia i para mantenerlo fluctuando en las vacilaciones de la duda.

Muchos de los políticos que tienen hoy un asiento en la Cámara de Diputados adolecen de estos defectos, i a algunos les son tan inherentes, que no podemos desentendernos de ellos, aunque nuestro objeto sea solo mirarlos en su carácter de oradores.

Don Domingo Santa-Maria, actual vicepresidente de la Cámara de Diputados, i jefe reconocido i proclamado de la faccion liberal fusionista, es una de esas figuras difíciles de apreciar; aun bajo el punto de vista del orador es

indeterminada i vaga por los atornasolados i cambiantes de su colorido. Desde mui jóven figurando en la política, nunca ha manifestado el alcance de sus ideas, i se ha mantenido siempre flotando como una tabla en un remo-lino, que al describir sus continuados círculos, parece a veces dejarse arrastrar por la corriente. Esta conducta que a los ojos de los unos le ha traído el desprestijio, ha sido, a los ojos de los otros, título suficiente para proclamarlo jefe de partido. Es de advertir que la marcha que han seguido los acontecimientos desde algunos años acá, le ha sido favorable en en extremo, i que a ella debe gran parte de su engrandecimiento.

Su fama de orador ha tenido mas eco en las salas de los tribunales que en los bancos del Congreso; i a pesar de tener cualidades que hubiera podido aprovechar quizá con buen éxito, nunca se ha manifestado verdaderamente conmovedor ni elocuente, por que jamas ha tenido el calor i la enérgia que inspiran la fé i la convicción, sin embargo de ser en extremo impresionable i de poseer una facilidad de locucion i una correccion de lenguaje poco comunes entre nuestros oradores.

En la época en que desempeñó el Ministerio de Hacienda fué cuando dió a conocer mejor su carácter. Aunque ya ántes habia tenido muchas ocasiones de manifestarlo, no lo habia revelado. En las vicisitudes i agitaciones de su carrera pública, apenas habia podido sorprendersele la mas marcada de sus cualidades: una sagaz flexibilidad de conducta que lo hace resbaladizo como un pescado i ligero como un gamo.

Con un colega como Tocornal, que es todo franqueza i contemporizacion, no podía ménos que poner de relieve su carácter inclinado a hacer caminar sus propósitos por las vueltas i revueltas de la simulacion, por los zig-zags invariables de una irreprochable cortesania.

En el Congreso nunca ha tomado una parte activa en las cuestiones que se han suscitado; si algunas veces ha parecido impresionarse, si ha alzado la voz i pronunciado largos discursos, obedecia mas a los consejos de la política que a los móviles de una verdadera pasion. Orador de cabeza mas que de corazon, no siempre acierta a suplir con el arte la falta de emociones reales, i producir en sus oyentes la ilusion que busca. Cuando debiera permanecer tranquilo se irrita i levanta tres tonos el diapason de su voz, i por el contrario, cuando vendria bien un rasgo de acoloramiento, aunque se sintiera frio como la nieve, permanece indiferente i apasible en su sillón. Sus discursos huelen a alegatos i sus argumentos tienen el sabor de las Pandectas. Por lo demas, su porte

arrogante, su voz entera, su espresion simpática i su aire varonil, hacen de él una figura notable dispuesta siempre a calzar el trájico coturno.

Como hombre intelijente i de práctica en las discusiones, sabe dirigir mui bien los debates, i toda vez que por ausencia del presidente ha ocupado su lugar, lo hemos visto desempeñarse con marcado acierto.

Es de advertir que a la cabeza de una mayoría formidable las dificultades que pudieran presentarse son fáciles de allanar, i que cuando se marcha al frente de un ejército bien disciplinado, se adquiere cierta espedicion que siempre cae bien; pero debemos decir en su abono que él es el mejor presidente que pudiera tener la Cámara en las actuales circunstancias.

Santa-María, cualquiera que sea el curso que tomen los acontecimientos, tendrá siempre una posicion notable, porque ademas de ser un hombre hábil, ha sabido rodearse de amigos dispuestos a sostenerlo a todo trance. Este es su mayor talento. Educado en la escuela de Mazarino, sabe aprovecharse de las circunstancias i de los hombres que lo rodean, sin descubrirles sus miras. Desde hace algunos años trabaja por ser jefe de partido i ha conseguido serlo de la faccion liberal fusionista, es decir de la caballeria lijera, como lo es de la pesada el jefe de los conservadores.

En resumidas cuentas: Santa-María es como orador i como político difícil de valorizar sin desnudarlo, ingrato de pintar sin cubrirlo, i penoso de juzgar con la vista vendada, la balanza en una mano i la espada en la otra.

S. A.

REZONGOS.

Habrás visto! Ocho días hace que estoy dando al diablo con cuanto me rodea. Parece que todos se han conjurado contra mi persona, desde el Ministro que no quiere despacharme una solicitud, hasta el redactor en jefe que no deja pasar dia, hora ni minuto sin amonestarme i jalarme la paciencia con sus continuas i repetidas advertencias: Mire Ud., tenga presente esto, fijese en aquello, no olvide esotro, que todas estas cosas les gustan a los lectores del *Correo*. Por este estilo se va apuntando cuanto ocurre en este mundo i el otro. No he visto un cominillo igual; estoi por tomar una tranca la primera vez que vuelva con sus inoportunas requisitorias i cometer con él una *pinzonada* ¡Voto a bríos! si estará uno para contemporizar con todo el mundo i escribir revistas que a nadie hieran i a todos agraden, cuando en la semana ha tenido una secuela de contrariedades, comenzando por ser destituido de su empleo porque es montivarista i acabando por tener que escribir cuanto a los otros se les ha antojado hacer. Es tarea!

I digan que esta vida es un eden, que los malos ratos se compensan con los buenos, que deben sufrirse con paciencia las adversidades i flaquezas del prójimo; que

si a uno le viene encima una destitucion injusta i arbitraria, aguarate; que si a la señorita Vitali se le antoja mandar cuatro sillones el dia de su beneficio, creyendo que uno tiene posaderas de elefante, debe aceptarlos i pagar a peso de oro los lugares que no ha podido ocupar; i, en fin, que si el Ministro le mete debajo de la *pie-dra negra* una solicitud urgentisima, debe tambien esperar que caiga el ministerio i uba otro mas solícito por el pronto despacho de los asuntos pendientes en su departamento. ¡Buena ganga!

No sé cómo hai hombres que puedan gozar de tranquilidad i buen humor sin ser unos tontos, ni sé cómo hai mujeres de talento que puedan soportar con complacencia un moscardon que les esté haciendo el *run-run* dia i noche sin darle con el quitasol. Yo, que creo a mi abuela cuando me dice en medio de sus rezongos: qué muchacho tan hábil no puedo ménos que rezongar por quitarme allá esas pajas, i como tambien me ha enseñado a no ser importuno, no fastidio nunca a las mujeres con repetidos halagos. Pero ~~cuando~~ los botes si llego a encontrarme, lo que suele acontecerme muy amenudo, con una que toda sea dengues i melindres, cuyo vocabulario todo entero se componga de dos palabras: si, no; i que esté siempre como en un fanal.—Puff!

¿Quién podrá estar tranquilo en la ópera cuando el vecino que tiene a sus espaldas le está dirijiendo repetidas preguntas sobre si tal melodía es cavatina, si es aria; sobre si tal cavaleta es conjunto, si es trio? Quién podrá soportar el furor filarmónico cuando llega al estremo de que hasta pará pedir candela se haga en escala cromática? Quién soportará que le pongan los piés en la rabidilla para estar mas cómodamente? Quién que le palmotea al oído? Quién que le formen una infernal matraeca en el espaldar de su banca por aplaudir a la señorita *Siutichini*?—Ni el demonio.

Pero así si en lugar de los sobones i demas carlancas de los vecinos, son los coros que no atinan, el tramoyista o los señores galanes i cantatrices la causa de mi impaciencia; entónces el suplicio es mas horroroso. El jueves, por ejemplo, una hora ántes de la convenida me fui al teatro solo para contar en la revista del *Correo* el éxito de la representacion de Safo, i complacer así a los lectores gratis; los que pagan no son tan descontentadizos, no hubieran exijido tanto, pero los gratis (mala vibra les pique) no perdonan ni un error de imprenta. Veamos lo que sucedió.

Todos los asistentes esperaban una lucida representacion, pero muy pronto se desengañaron i concluyó la funcion por un jeneral rezongo de los espectadores. Yo, un poco mas irritable que los demas, declaré formalmente que todos los actores merecian ser arrojados desde el peñon de Léucades juntos con la apasionada Safo, i esto dió lugar a las protestas que hicieron varios admiradores de todas las señoritas artistas cantantes. No debo pasar por alto, un episodio importante que sucedió en los momentos en que Safo se precipitaba del sagrado peñon.

Un jóven que conversaba hacia rato con una bella i hermosísima morena de ojos pardos, en uno de los palcos mas visibles, demasiado impresionado, sin duda, con el arroyo i desesperacion de Safo, se precipitó sin saber cómo desde el peñon de su asiento al mar tempestuoso de las faldas de su compañera, produciendo en todo un órden de palcos diversas emociones, agradables entre las niñas i desagradables entre las matánes i papás. No hai necesidad de decir cual sería la turbacion del jóven cuando se halló entre las olas de tul i las barbas de la ballena. Baste decir que salió del palco sin despedirse i con algunas contusiones en el rostro.

Otro no ménos curioso, fué una acalorada disputa entre dos municipales en la que porfiaban ambos diciendo uno que la ópera que se iba a poner en esce-

na se llamaba *el Sapho*, i el otro afirmando que no podia ser sino *la Sapho*. Creo que pasó en apelacion, despues de fallada en primera instancia por un aficionado al teatro, el alcalde mayor, que al cabo de algunos meneos de cabeza dijo que habia distintos pareceres, i que la cuestion no era tan fácil de resolver. Ya ven los lectores si habrá razones para rezongar cuando no faltan ni aun para reír. I vaya este sin estribillo, porque casi he perdido los estribos por haber dejado de dar al diablo i ha berme metido a narrar cuando solo debo rabiar, pero en fin, pase lo uno por lo otro, i adelante que a quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga.

Tengo de seguir ensartando cuanto ha sucedido i ha dejado de suceder para probarle al redactor en jefe, que es para mí la sombra de Banco, porque, como ya he dicho, no deja de perseguirme un instante, que no he echado en saco roto sus advertencias, i que apesar de que muchos de los episodios ocurridos en la semana se me han pasado por alto, no por eso falta materia para zureir un artículo, como no me han faltado a mi asuntos para estar con un humor brillante que se lo echara a perdidas a cualquier veje. Impaciente por disiparlo entremé el viernes de sopeton a un *martillo* en donde remataban cuadros al óleo, no quiero decir al óleo santo, por que en verdad tenian mas de infernal que de otra cosa. Habia allí, como en todos los lugares a que se puede asistir sin mayor gravamen, una infinidad de aficionados al arte de Apéles, entregados, los unos, a la contemplacion de infinitos mamarrachos que tapizaban las paredes de la sala, i los otros, a las emociones tiernas de la *puja*, sencillo entretenimiento al cual se entregan hasta los hombres graves, i que no presenta ni aun el remoto peligro de *pegarse un clavo* cuando se hace con parsimonia i a la manera de *palo blanco*.

El buen humor del martillero neutralizó el mio atribulario i mas de una vez estuve tentado por hacer *posturas*. Un cuadro que representaba un grupo de sacerdotes vestidos de rojas túnicas, produjo tal sensacion de desprecio entre los postores, que dió lugar a una feliz ocurrencia. El martillero al notar la admiracion i la risa que habia causado aquel mamarracho quiso lusear una salida, i dijo con gracia que era una antigua reliquia de la *escuela persa*. Cosa admirable! un caballero muy aficionado a las artes al oír escuela persa, comenzó a pujar hasta hacerse dueño indisputable de aquella obra maestra. Poco despues registrando las rendijas del marco que estaba asaz desvencijado, notó que tenia a su respaldo dos *pees* que vinieron a revelar el nombre del autor o mas bien el orijen del trasto. Aquellas dos letras no podian decir otra cosa que *Pintura Persa*, i así lo quedó creyendo el dueño; pero un curioso comenzó a darle tantas vueltas i revueltas que fuése cayendo el polvo que tenia pegado por detras el lienzo, i fueron apareciendo *pees* hasta enterar diez. Cuando esto vió el dueño no supo que decir, pero interrogado un portuques que allí se encontraba, dijo que el cuadro era su compatriota, por que no podia ser obra de otro que de un paisano suyo que acostumbraba firmar con diez *pees* solamente, que quieren decir: *Pedro Pablo Perez, pintor portuques, pinta puertas por poca plata*. La alarma i algazara que produjo la esplicacion del buen portuques, bastaron para correr al caballero entendido en coloridos, tintas i medias tintas, i quitarle las ganas de volver a hacer propuestas por otro dije que a ese tiempo se ponía en almoneda.

Representaba este un cielo en el que habia figuras vaporosas de ángeles; no dejaba de tener algun mérito la composicion, pues que las piernas de aquellos querubines estaban desparramadas *ad libitum* en toda la estension del cielo i al traves de las nubes, i daban suma gracia al conjunto. Todos se pusieron en actitud de luchar a to to trance por obtener los *anjelitos* i, al

fin, un doctor en medicina quedóse con ellos como con un fenómeno de la naturaleza cuya presencia era preciso anunciar a la facultad respectiva. Antes de abandonar la galería eché una mirada por todos los rincones de la sala, i no vi otras figuras notables que las de algunos diputados al Congreso. Parecióme que no sería malo ponerles márcos i colgarlos en la pared, pero deseché semejante pensamiento i encomendándome a la virjen de Tarata salí a la calle pensando en lo milagrosa que era esta nueva imájen, i que no habria sido mala ocurrencia bautizar con este nombre una de las muchas que habia en la galería para cebar a los devotos.

Esta es otra novedad para el mundo católico. Se creía que la falta de fé i el escepticismo que reina en este siglo de las pinzonadas i napoleonadas, habia hecho desaparecer hasta la idea de que en estos tiempos pudieran acontecer milagros; pero los bolivianos han descubierto una piedra que se les ha metido en la cabeza tiene una imájen grabada, i que esta imájen es la de la madre de Dios.

Spongamos que sea cierto que es la imájen de una señora la que presenta la piedra, ¿seria por esto milagrosa, dando por sentado que tambien sean ciertas las declaraciones que hace la infeliz muchacha que la encontró? Tararira.

Yo, como humilde i fiel creyente, paso por todo, pero no por eso dejo de tener mis dudas i cuando estoi con el *espía* se me atraviesan a millares. A veces se me ocurre que la tal piedra puede ser alguna escultura peruana de aquellas que dicen los cronistas españoles, sabian hacer con tanta maestria los indios, o bien una pintura en la piedra, hecha por medios desconocidos, i en fin, otras muchas cosas que me hacen acordar de un cuento que Luis de Belmonte Bermudez tiene en su comedia titulada La «Renegada de Valladolid», en el que dice: que pleiteando los curas de San Miguel i Santa-Ana sobre la antigüedad de sus casas, el de San Miguel descubrió en el corral de la suya una losa que tenia grabadas ciertas letras que decian: POR AQUI SE LIM... Esto que vió fué a casa del obispo a probar la antigüedad de sus dominios, diciéndole: que habia hallado una piedra que seguramente era de la puerta de alguna cueva por donde el moro Selim entraba para guardar los despojos en la pérdida de España. El obispo quedó en estremo confuso i estuvo a punto de declarar que la casa del cura de San Miguel era la mas antigua; pero el de Santa-Ana que estaba presente dijo:

«Vamos a ver donde estaba
Esa piedra tan morisca
Que tan castellana habla».
Fuéronse los dos, i entrando
A la misma parte, hallan
Rompada otra media losa,
I que juntándolas ambas
Dicen: POR AQUI SE LIMPIAN
LAS LETRINAS DE ESTA CASA.

Con este sabroso cuento me despidió ya que no me queda mas espacio para continuar refunfuñando con los lectores gratis, con los diputados, con las mujeres denegadas, con los hombres serios i con los innumerables entes importunos capaces de abrumar al jénero humano. Adios vichos, reptiles i serpientes de cascabel!

UTRILLA.

Perfiles i bajos relieves.

EL TUNEL.

La emocion que sentí por vez primera
Cuando el *túnel* pasé, nunca he olvidado:
Conversaba, contigo, descuidado,
I el conversar de enamorados era.

La súbita tiniebla placentera
Que invadió el tren; su empuje no esperado,
I ese suave vaiven acompasado
Derramaron placer en mi alma entera.

Cuán dulce el beso que turbó mi aliento
Cuánta dicha en un punto acumulada....
Mas la luz al volver, te halló encarnada,
I en tus ojos vió perlas tembladoras,
No sé sí de temor o de contento....
¿Quién el *túnel* pasara a todas horas!

EL PINTOR I UN AMIGO.

Dime, pintor amigo,
Si tú pintaras,
La calumnia o la envidia
Con traje i cara,
Qué cara i traje
Buscaría tu injenio,
Que las cuadrasen?

Creo, el pintor responde,
Que don Basilio.
De calumnia o de envidia
Es siempre el tipo.
Nada hai en ambas
Que no muestren u oculten
Cara i sotana.

MÉDICO, PORTA I DUENDE.

Es malo como poeta,
Como médico es perverso;
I tan mal escribe un verso,
Como escribe una receta.

EL DUENDE REVISTERO.

El duende mató al *Mosaico*
I mató al *Cóndor* el duende,
I el duende mata-lectores
Matará al *Independiente*.

MILAGRO.

¿Quién esplica este portento?
Ayer Justo era un borrico,
Fco i de gracias exento....
Hoi Justo es un hombre rico
I es gracioso i con talento.

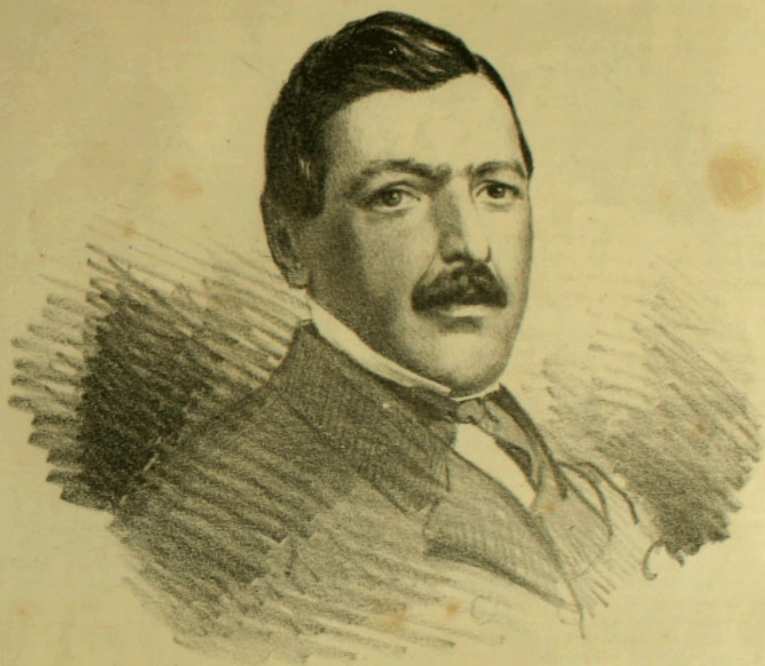
A los señores *Ajentes i suscritores de provincias.*

Se suplica a los señores *Ajentes i suscritores de provincias* que no puedan mandar el valor de la suscripcion por un conducto seguro, lo hagan en sellos de franqueo.

Tambien se les previene que tanto los reclamamos como la correspondencia, deberá venir dirigida al que suscribe.

Jacinto Nuñez.

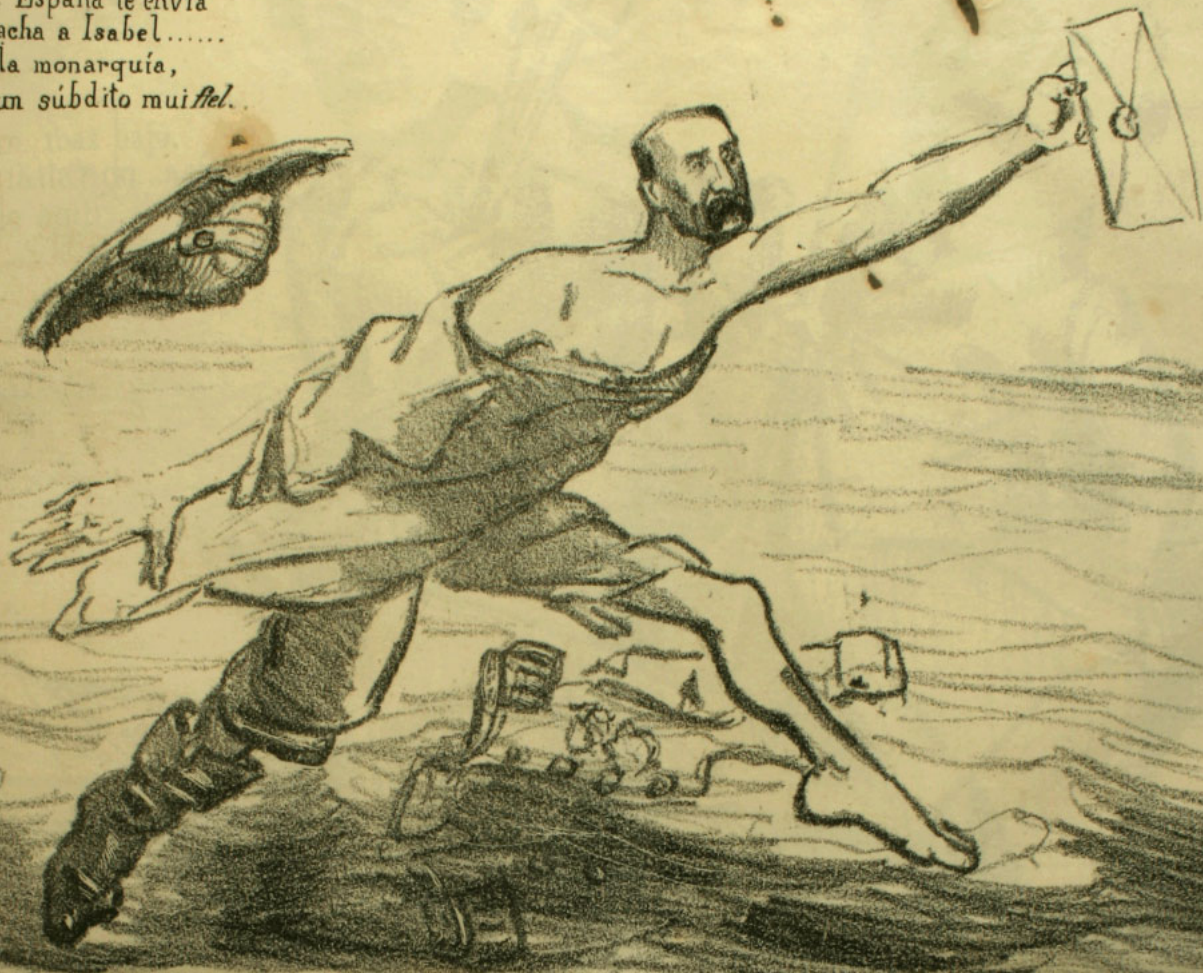
CONGRESO NACIONAL.



D. DOMINGO SANTA-MARIA.

Actual Vice-Presidente de la Cámara de Diputados.

Ese ya no es coronel,
Pinzon a España le envía
Ilo despacha a Isabel.....
Vístalo la monarquía,
Que es un súbdito mui *fel.*



Bajo! un poquito mas bajo,
Como yo..... aguaitando... así!
Este no pasa de aquí;
Es a decir qué.....lé atajo.

